

EL AÑO NUEVO CHINO

Una hora y media después viajábamos en su auto. Salimos de Ipoh y encaramos la ruta. Cada tanto nos decía algo, tiraba algún dato, algún comentario, pero me costó prestarle atención.

La ventanilla siempre me puede. Viajar por tierra equivale a mirar. Los primeros viajes que me acuerdo son camino a visitar a mis abuelos a Basabilbaso. Horas y horas pasadas en la ruta viajando de noche, con la cara pegada al vidrio. Me gustaba encontrar las constelaciones que conocía: las Tres Marías y la Cruz del Sur. Me imaginaba que navegábamos a bordo de un velero en un mar de estrellas. Soñaba seguido con viajar a la luna. Mi viejo, más o menos a mitad de camino, apagaba la radio para no despertar a mi vieja ni a mi hermano. Me miraba por el espejo retrovisor, me guiñaba un ojo. El movimiento no me adormecía ni me aburría: me emocionaba. En cierta forma sigo viajando así, con la cara pegada a la ventanilla y la mirada perdida en el horizonte. A veces, todavía sueño con viajar a la luna.

Llegamos a lo de Liew. Su casa era una versión más limpia y mejor iluminada del restaurante donde habíamos almorzado. No había nadie más. Nos sentamos en el comedor y nos trajo mandarinas. Nos contó que era tradición comer mandarinas durante el año nuevo chino. Venían en una caja de plástico enorme llena de caracteres chinos y dibujos de monos rojos.

En cantonés, la palabra mandarina suena parecido a suerte. Además, son dulces y comerlas representa el deseo de un año nuevo dulce. Me recordó a los festejos del Año Nuevo judío en Basabilbaso, comiendo manzana con miel por la misma razón. Me quedo con las mandarinas.

Estuvimos ahí un rato y nos fuimos caminando hasta el hotel Abby del pueblo. Liew arregló para que nos den una habitación privada con baño. Nos bañamos y dormimos una siesta pesada, hacía una semana que no teníamos una cama. A las siete sonó el teléfono de la habitación, Liew nos esperaba abajo. Nos buscó en una camioneta. Lo acompañaban su mujer y sus dos hijos. Saludamos, nos subimos y arrancamos. De camino, Liew nos dio consejos de etiqueta: cómo saludar, cómo brindar, cómo comer.

Lo primero que vimos, a medida que nos acercábamos, fue cómo descargaban cuatro lechones al horno de la caja de una camioneta blanca. Eran dos tipos por lechón. Los metían al patio delantero de una casa de portones negros con globos rojos atados a las puntas de las rejas.

Open house: una familia abre su casa a cualquier persona que quiera entrar a festejar. El anfitrión pone la comida, la bebida, la infraestructura, los globos, los manteles, los vasos, los platos, los cubiertos, la música y las luces. Los invitados comen, chupan, gritan, se abrazan, juegan y se van. El anfitrión y su familia comienzan el año con una dosis altísima de buen karma. En algún curso de negocios chino le dirían a esto *win-win*.

Había quince mesas de plástico alrededor de un tablón enorme con cantidad de fuentes y de ollas. Ahí fueron dejando los lechones. Seguimos a Liew hasta donde estaba sentado el anfitrión. No paraba de repetirnos: *he's very rich, very rich man, very rich*. El tipo era viejo, con la piel blanca llena de manchas, los ojos como dos tajos y las manos arrugadas atornilladas a su bastón. Primero, lo saludó Liew, después su mujer, después sus hijos. Tuvimos tiempo de repasar. Cuando nos tocó a nosotros, juntamos las manos a la altura del pecho, nos inclinamos y dijimos *gong xi fa cai*, feliz año nuevo chino, o algo así. El viejo nos devolvió el saludo, sonrió. Seguimos a Liew hasta una mesa y nos sentamos.

El patio se fue llenando. Cuarenta personas, cincuenta. Venían familias enteras, hombres solos, parejas, nenes. Algunos venían vestidos para fiesta, otros con uniformes de trabajo. Los nenes de short y remera. Algunos se quedaban, otros se armaban un platito de comida y se iban. Todos chupaban: algunos birra, otros whisky, otros sake, otros ron. Le pregunté a Liew y casi no entendió mi pregunta. Me repitió que en un *open house* todos son bienvenidos, conozcan o no al anfitrión. Cualquiera podía entrar, comer y chupar hasta hartarse, e irse. Mientras más gente, mejor para el karma del anfitrión. *Win-win*.

Empezó a bajar el sol y me dio hambre. Todos los Chong ya comían. Liew nos trajo dos birras y arrancamos a tomar. Fui hasta el tablón, agarré un platito de plástico y di una vuelta entera. Me sentí como en un tenedor libre. Me serví de todo, como cada vez que voy a un tenedor libre. Jabalí salvaje al ají, curry vegetariano hindú y caldo de fideos chinos. Me serví como para tres personas y me hicieron falta tres latas de cerveza para bajar la comida. No terminaba de entender la hospitalidad asiática. Sabía que para ellos era una cuestión cultural, que tenía que ver con el karma, con alguna costumbre heredada de las épocas del nomadismo. Con la empatía. Lo que me mareaba era lo atemporal que

parecía. Tanta confianza y liviandad en un mundo tan vacío de sentido. En un presente donde los de afuera son de palo. Nosotros éramos los de afuera. No me cerraba que nos trataran tan bien.

Cuando terminamos de comer, Liew trajo a la mesa una botella de Johnny Walker etiqueta negra y empezamos a chupar en serio. Sonaba pop coreano al palo en los parlantes y en el patio empezó a subir el volumen de las conversaciones. Hablaban en mandarín y en malayo. Yo tomaba tranquilo, en nuestra mesa, pero los hombres me empezaron a buscar para brindar. Para brindar con el *asing*. A mí me criaron para nunca rechazar un brindis. Mucho menos si otro paga. Un brindis tras otro me fui poniendo más y más en pedo. Me enseñaron a gritar *chu nimen, chu nysie, huala*, algo así como feliz año nuevo chino, supongo. Borracho me parecía un trabalenguas.

—¡Chu nama, chu nasa, huala! —grité.

Casi nadie hablaba inglés. Me escuchaban recitar el trabalenguas y se explotaban de risa. Hacían fila para brindarme, escucharme y reírse. Yo también me reía. A veces soy un borracho simpático.

Cuando ya estaba en ese punto en el que abrazo a los extraños, apareció él: era nativo del Borneo malayo, una mole de ciento veinte kilos de cachetes rechonchos y dedos tamaño chorizo. Era guardabosques en una reserva natural cerca de Ipoh. Me preguntó qué me había parecido el jabalí.

—*I hunted it myself!* —me dijo, y bajó la voz. O sea, gritó más bajo—. Yo soy el encargado de cuidarlos, pero me pagaron muy bien. Tres mil ringgits. ¡Lo cociné tres días en el curry! Te gustó, ¿no?

—Estaba increíble, muy picante —me abrazó. Apestaba a chivo y a ají. Me soltó y me dio un manotazo en la espalda que me sacudió los dientes.

—¡Todos los extranjeros son mis amigos! Si alguna vez estás en Borneo y tenés problemas, decí que sos amigo mío y todo se va a solucionar. Vas a ver.

Sostuvo el vaso entre los dientes como hago yo cuando quiero mear en un boliche. Se dio vuelta y se levantó la remera hasta los sobacos. Toda su espalda estaba tapada por tatuajes de dragones y serpientes. La tinta era vieja y borrosa. O por ahí yo veía borroso. Se bajó la remera, agarró su vaso y me miró como si no tuviera nada más que agregar. Sonreí y lo volví a abrazar. Nunca fuimos a Borneo. Ni siquiera me acuerdo el nombre del tipo. Tendría que haberlo anotado.

Del otro lado de la fiesta un grupo de señoras jugaba a las cartas. Las rodeaba una cantidad de gente. Al final de cada jugada se pasaban billetes de diez ringgits de mano en mano. Celeste se sentó a jugar. Tratamos de adivinar las reglas, yo estuve seguro de que las entendía. Teníamos veinte ringgits en la billetera, apostó diez en la primera mano. Por los gritos y las risas supimos que perdió. Entregó el billete a la señora que repartía y todos volvieron a gritar y a reírse. No entendíamos. Un pibe se hizo oír desde el otro lado de la mesa: *ten more! You pay ten more!*

Una hora después Liew nos dijo que nos íbamos. Sus hijos tenían tremenda cara de culo y su mujer caminaba en zigzag. Nos subimos a la camioneta y arrancamos para una última parada antes de ir a dormir. Era de madrugada. De camino tuvimos que frenar para que su mujer vomitara en la calle.

—Algo le cayó mal —dijo Liew.

Sí. El whisky, la birra, el ron y el sake. El pueblo estaba a oscuras. Estacionamos al lado de una tienda de artesanías que tenía la puerta abierta. El dueño era amigo de Liew. Adentro, en el fondo del local, estaban los restos de una cena familiar. El hombre nos dio la mano, nos sonrió y se puso a hablar con Liew. Me caen bien los asiáticos que no me dan bola. Los siento más honestos. Unos nenes jugaban a la pelota en un rincón cuando otros nenes entraron, les dijeron algo, y salieron todos a la calle.

—Vayan a ver —nos dijo Liew.

En la calle habían armado un altar de papel rojo y negro en forma de símbolos taoístas. Un dragón rojo y verde con bigotes negros que le salían del hocico me llamó la atención. El aire estaba pesado, húmedo. Se escuchaba silencio. Uno de los nenes, el más grande, se acercó al altar con un encendedor y lo prendió. Era mucho papel. El fuego se fue contagiando centímetro a centímetro hasta llegar al dragón. Le salió humo del hocico. Después fuego.

Se me estaba pasando el pedo. Todo el quilombo del *open house* se me hacía superficial, sinsentido. ¿Por qué necesito buscarle un sentido a las cosas, una explicación? Se me perdía la vista en el fuego. Siempre me cuelgo mirando el fuego. No sé por qué. No sé qué me transmite. A veces es rabia, a veces miedo. A veces nada. El dragón empezó a derrumbarse. Pienso en la incertidumbre de los viajes y en la finitud de los momentos. En cómo vinimos a parar acá, a ser testigos de instantes ajenos a nosotros, a nuestra realidad. Viajar es rendirse ante lo inevitable del azar y del movimiento. Es fluir por la luz y por la

oscuridad, por el ruido y por el silencio: es saber hacerlo con los ojos abiertos, los oídos atentos, con el alma en la mano y con los pies dispuestos. El dragón terminó de fundirse en la ceniza del resto del altar. Celeste estaba cerca. Ella también miraba el fuego pero no sé qué pensaba. No sé lo que va a pasar mañana. No sé lo que va a pasar después. Me incomoda no saber. Me gusta esta incomodidad. Me gusta no saber.

Este es un capítulo de *DesOriente, relatos de un viaje al sur de Asia*, Ariel Matzkin 2020.
Para comprar el libro completo pueden ingresar a <https://mitienda.viajandovivo.net/>